

# Avatares del Nobel

Edgar Esquivel

El *auténtico* Alfred Bernhard Nobel fue, para Henrik Schück, *una persona retraída, prudente, que detestaba*—ironías de la vida— *todas las formas de publicidad, un hombre de esmerada educación y un perfecto idealista*. Y hay algo más en su inusitada biografía: quiso en algún momento ser escritor pero, pese a que tenía la capacidad, no dominaba a la perfección el sueco, su lengua natal (su inglés era mejor) y eso lo afectó sin remedio. Ante la aceptación de que su sensibilidad era insuficiente para escribir una *obra literaria sueca*, decidió no aventurarse porque carecía de identidad: la idea de ser un inminente escritor sin patria lo desilusionó.

No por esto la herencia de A.B. Nobel dejó de ser importante. La historia posterior a su muerte es por demás conocida y año con año nos recuerda que hay motivos para seguir apostando por los pilares del pensamiento: la razón y la imaginación; no obstante que nuestras certezas sobre lo que ocurre bajo el telón de lo que conocemos como los Premios Nobel son cada vez menores, no sólo por el aplauso o la desilusión implícitas, sino por toda esa expectativa que desata.

Hay dos elementos durante el proceso de selección que son significativos: por un lado la razón de ser de ese “idealismo” del inventor sueco que quedó plasmado en su testamento (incluyendo la forma en que los albaceas lo han interpretado) y por el otro, tal vez más evidente en el desarrollo de su Fundación, la consecuencia de ir más allá de lo local al momento de otorgar un reconocimiento, condición que nace de una carencia personal aceptada y sobrellevada.

Con el total del remanente realizable de mis bienes se procederá como se expresa a continuación: el capital se invertirá por mis albaceas en valores seguros, y constituirán un fondo cuyos intereses se distribuirán anualmente en forma de premios a aquellos que, durante el año precedente, hayan proporcionado el mayor beneficio a la humanidad... una parte a la persona que haya producido

en el campo de la literatura la obra más sobresaliente de tendencia idealista... Es mi especial deseo que en la adjudicación de los premios no debe tomarse en consideración la nacionalidad de los candidatos, de modo que la obra más meritoria recibirá el premio tanto si es escandinava como si no lo es.

A.B.N., París, 27 de noviembre de 1985.

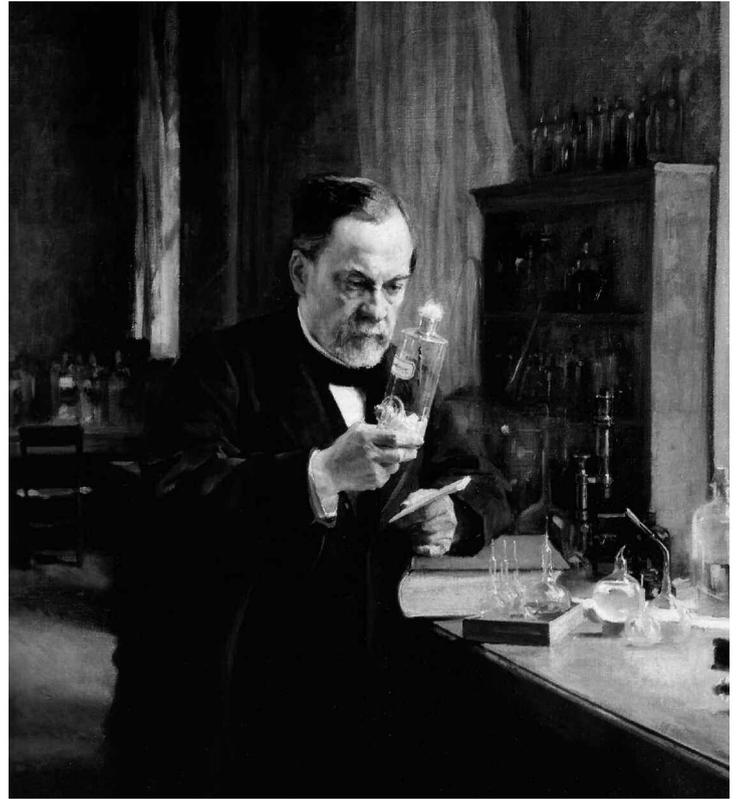
El filósofo Isaiah Berlin opina en su ensayo “La persecución del Ideal” que hubo a lo largo del siglo XX dos factores que conformaron, *en mayor grado que todos los demás*, la historia humana: uno es el progreso de las ciencias naturales y la tecnología (convertida a su vez en la crónica de mayor éxito de nuestra época). El segundo lo constituyen las *tormentas ideológicas* que han alterado nuestras vidas: revoluciones, tiranías de derecha e izquierda, fanatismos religiosos o nacionalismos extremos. Lo que va de este siglo no es más que una continuación del anterior y en buena medida la lucha *postmortem* de Nobel, visionaria también, se encaminó a resarcir en algo el daño que como sociedad e individuos nos hemos hecho; es decir, que Alfred B. Nobel emprendió como pocas una batalla decisiva en contra de la inevitable sentencia de Kant: *con madera tan torcida como de la que está hecho el hombre no se puede construir nada completamente recto*.

Kjell Espmark, presidente del Comité Nobel de 1988 a 2005, en su más reciente libro *El Premio Nobel de Literatura, cien años con la misión*, destaca que hay una parte del testamento que causa aún algo de sospecha, ya que la idea original tiene más de una versión; de este modo la “formulación específica” de otorgar el reconocimiento a quien “haya producido lo mejor en el sentido ideal”<sup>1</sup> ha causado controversia pues el

<sup>1</sup> La traducción de esta frase está tomada de la edición que Nórdica (2008) hace del libro de Espmark. La traducción que le precede, signada en el fragmento del testamento de Nobel, está tomada de la edición que Aguilar hizo en 1959.



Alfred Bernhard Nobel



también escritor sueco argumenta que el inventor de la dinamita escribió primero *idealirad* (idealido, *sic.*) y luego *idealisrad* (idealizado), para finalmente asentar *idealisk* (ideal). En el aparente titubeo que hubo sobre el término, Espmark hace mención de otro posible significado que iría de acuerdo a la época: una obra “orientada a un ideal”. Independientemente de lo que *quiso* decir Nobel y del comportamiento de la Academia Sueca desde entonces, al final tenemos que en todos los laureados por la parte literaria, de Sully Prudhomme a Herta Müller, se cumple un propósito más elevado de lo que un concepto puede decir: enaltecer lo creativamente diverso.

## II

Interpretar es tal vez el camino más viable para convertir la historia en misterio y rumor. Nietzsche refutaría esto con la contundencia de que no hay hechos, sino sólo interpretaciones. Ésa es la esencia de la Historia y sus historias. Nuestra percepción de las cosas y los sucesos definen entonces la posteridad y el pasado, y si bien el relativismo que esto conlleva y también reproduce nos sostiene en una “babel de significados”, el poco éxito del consenso y las declaratorias objetivas con grado de universal recaen en lo que pudo ser y no fue.

La vida al interior de la Academia Sueca, instancia que otorga el prestigiado Premio Nobel de Literatura, es una constante de lo anterior. Respecto a eso, probablemente la presión que genera la expectativa de su dis-

tinción alcanza niveles de diversión extremos, como algunos deportes: corre una adrenalina por las mentes y cuerpos de los que “deciden” con tal intensidad que no pueden estar ya tranquilos sin ella.

La emoción es inherente al compromiso con la Historia y aunque Dag Hammarskjöld, en una confesión epistolar realizada a Anders Österling (ambos integrantes del comité de selección) el 8 de julio de 1961, no lo demostrara como tal, es evidente que todo intento serio de cambiar el proceso no ocurrirá: en el origen está el designio que niega toda posibilidad a la Academia Sueca de pensar por sí misma, ¿o no? Dice Hammarskjöld: “¡La vida sería mucho más fácil si la Academia no tuviera —como yo mismo en lo que se refiere a la Secretaría— que tener en cuenta ‘la distribución geográfica’”.

El “show literario” cumple un rito ajustándose a una *omertá* incomprensible para los no iniciados, independientemente del estilo que cada época le imprime, como sello indeleble, a las designaciones. Según el humor de los tiempos y la gracia de los electores es la tonalidad del cuadro. Pero quizá cambiar las reglas o ajustarlas “un poco” a lo políticamente necesario hubiese quebrantado el ánimo de debate y expectación. Seamos honestos: nos gusta el morbo y sentirnos, a la distancia, los justos jueces que ostentan una opinión que premia la nacionalidad o los “méritos” suficientes de nuestros “gallos personales”. Ese fragmento escrito por Hammarskjöld (rescatado también en el libro de Kjell Espmark) incrementa el fervor, la indignación, la desaprobación y las críticas sobre todo lo que rodea la distinción más emblemática de la literatura actual.

El periodista Javier Sampedro comentó en su nota “Los olvidados del Nobel”, publicada en el diario *El País* del 11 de octubre pasado, que “una selección de este tipo garantiza que todos los premiados merecen serlo... pero no que todos los merecedores sean premiados”. ¿Verdad de Perogrullo? Nos incomoda o duele (en los casos más cursis) que “nuestros favoritos” no accedan a la distinción, pero no por ello la literatura o la ciencia dejan de hacer lo suyo. Ahí hay otro hecho que tal vez podamos soportar como verdad: los personajes que han marcado un hito en la forma de hacer literatura lo han hecho con Premio o sin él y de todas formas gozan de una aceptación que, a diferencia del Nobel, ha llegado a ser unánime: no hay pues forma de que los reconocimientos sean únicos y exclusivos, ni por parte de la crítica, los especialistas o la opinión “popular”: dejar de leer a Tolstoi, Borges, Chejov, Kafka, Proust, Joyce, James, Onetti, Rulfo, Nabokov, Machado, Conrad, Woolf o García Lorca, por mencionar algunos, no necesariamente implica lo mismo que dejar de leer a Romain Rolland, Carl Spitteler, Jacinto Benavente, Sigrid Undset, Eugene O’Neill, Pär Lagerkvist, Winston Churchill, Patrick White o Johannes V. Jensen. ¿Cómo conciliar necesidad y justicia? ¿Cómo evitar tendencias “totalmente subjetivas”? Parte de lo que ha agrandado el dilema es eso.

Aquellos que componen el grupo de “los olvidados del Nobel” no dejarán de ser eso que Harold Bloom llamó “autoridad cultural”. El canon existe, sea occidental o no, porque hay creadores que representan un parteaguas y, más allá de ambicionar o no la trascendencia desde un premio, hacen lo que hacen no para pretender decir algo, sino simplemente para expresarse. ¿Realmente importa seguir reprochando a la Academia Sueca sus omisiones, sean deliberadas o no? ¿Ganamos algo en términos estéticos por implorar a manera de rezo la distinción para este o aquel escritor? ¿Y si no existiera el Premio Nobel de Literatura? ¿Cómo desahogar nuestras angustias con sólo aceptar los premios locales o regionales? ¿Necesitamos que sigan existiendo los Premio Nobel? Responder sobre cualquier punto sin caer en el lugar común o la desaprobación es fácil, lo mejor será arriesgar: decir que pese a lo que provoca la obsesión que generamos por tener instancias de aprobación superior sí es deseable que las distinciones de este tipo continúen, tan sólo porque son un mecanismo eficaz de conocernos y reconocernos. Pero también hay un hecho incómodo no menos cierto: es menester que sigan surgiendo “olvidados del Nobel”. Suena terrible, pero es la otra cara de esa distinción que, aunque nadie asumirá como propia, es el *antipremio* que valida también una obra, quizá de manera más generosa, pues estará por encima de la crítica y el “buen gusto”: será universal, pese a que el tiempo inmediato no juegue a su

favor. Los merecedores no galardonados se cubren con esa dignidad de la derrota épica, sabedores que el recuerdo les pertenece, y también la personificación de un ideal.

### III

¿Cómo negar la distinción entre saber y opinión? Tenemos un vicio no tan secreto por crear cánones y jerarquizar según nuestros deseos y experiencias y aunque sí hay elementos que nos permiten justificar o evaluar nuestros gustos de acuerdo a méritos objetivos, nuestra vanidad y ansiedad por el reconocimiento del *otro* a veces es un obstáculo para lograrlo. Quienes otorgan y quienes reciben distinciones son plenamente humanos. El Premio Nobel funciona porque asombra, ya sea en el sentido de hacer valer un pronóstico o por lo contrario. Es similar a lo que Harold Bloom califica de extremo y misterioso asombro cuando hacemos nuestra primera lectura de una obra canónica: extremo y misterioso asombro porque casi nunca es lo que esperábamos, pero tiene al final la capacidad de hacernos sentir extraños en nuestra propia casa. **U**

